

terminar su desayuno cuando fué conducido a ella — murmuró Fidel al oído de Alicia, al ver que ésta observaba a Fausto con extrañeza —. Allí sólo le dieronstras vacías, y ya ves, el pobre tiene un hambre y una sed terribles. ¿Qué tal, estimado muchacho? — prosiguió rodeando con su brazo el cuello de Fausto.

Miró éste a su alrededor, movió la cabeza y siguió dándole unos tremendos mordiscos al pan y manteca.

— ¡Pero contesta! ¿No puedes hablar? — exclamó impaciente Fidel. Pero Fausto, imperturbable, continuaba engullendo, y se ayudaba con alguno que otro sorbo de té.

— ¡Habla! ¿No quieres? — chilló furioso el rey —. ¿Cómo va la pelea?

Fausto hizo un sobrehumano esfuerzo para tragarse un enorme trozo de pan y manteca que lo dejó atragantado por unos minutos.

— Va muy bien — respondió al fin con voz ahogada —. Los dos se han derribado mutuamente unas ochenta y siete veces.

— Supongo que no tardarán en traerles pan blanco y moreno — aventuróse Alicia.

— Eso esperan — contestóle Fausto —. Lo que yo como es una parte de ello.

En este preciso instante había cesado la pelea y los dos rivales, jadeantes, se sentaron en el suelo. El rey ordenó:

— ¡Se les concede diez minutos para refrescarse!

Fidel y Fausto pusiéronse en movimiento trayendo grandes bandejas de pan blanco y moreno. Alicia quiso probar un pedacito, pero era tan duro que no pudo ni siquiera hincarle el diente.

— No creo que hoy quieran pelear más — dijo el rey a Fausto —. Da orden de que toquen los tambores.

Fausto salió dando brincos como un saltamontes. Alicia lo contempló silenciosa unos minutos. De pronto iluminóse su rostro.

— ¡Mirad, mirad! — exclamó con tono vehemente —. ¡La reina blanca viene corriendo a través del campo! Viene volando por el bosque... ¡Pero qué ligero corren esas reinas!

— Sin duda la sigue algún enemigo — dijo el rey sin mirar siquiera —. Estos bosques están plagados de ellos.

— ¿Pero no corres a auxiliarla? — preguntóle Alicia sorprendida de su indiferencia.

— Es inútil, es inútil — repuso el rey —. Corre con una rapidez tan asombrosa, que más fácil resultaría atrapar un ciclón. Te daré algunos datos sobre ella si lo deseas. Es una criatura deliciosa — dijo hablando consigo mismo mientras abría un libro de apuntes —.

